



MI AMIGO EL BUZO

Iván Soulodre W. *

Quien no conocía en Talcahuano al buzo Juan P.! Era un personaje en el Puerto. De reconocida experiencia, valiente, de pocas palabras, bonachón, cara tostada de niño grande, corpulento. No llegaba a los cuarenta años.

Querido y respetado por todos. Ambos nos apreciábamos. Sus cuatro asistentes, su bote de buzo, máquina de aire manual con dos grandes manivelas, metido en su gran traje, con sus pesados zapatos de plomo y su escafandra cobriza, enorme, pavonada por largas horas de inmersión, era su equipo de trabajo.

Su fuerte, los trabajos submarinos: inspecciones, reparaciones de muelles, limpieza de válvulas y rejillas de cascos, voladuras con dinamita. Tenía, además, un contrato con la Armada, limpiar el fondo de la bahía de restos náuticos que entorpecían el tráfico marino.

Uno de éstos era el casco del vapor *Bío Bío*, de los antiguos registros de la Ferronave; fue a dar al fondo en un episodio tragi-cómico. De eso hace muchos años.

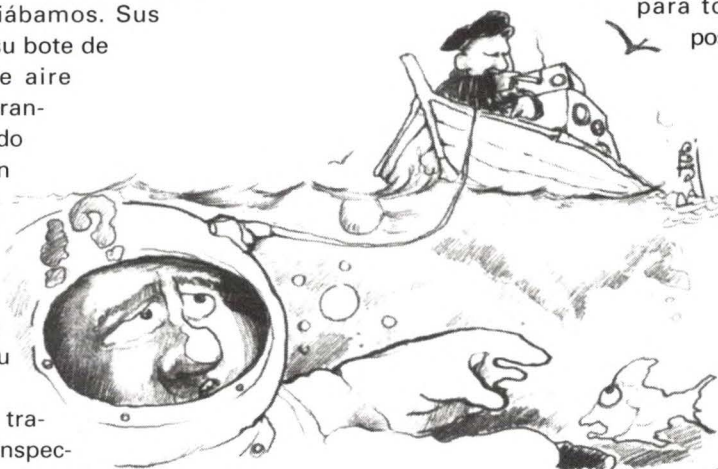
Estaba en reparaciones. Cambio de planchas del casco. Se necesitaba el dique con urgencia para un barco accidentado. Aceleraron los trabajos. Terminarían a flote. Faltaba por montar dos planchas algo más arriba de la línea de flotación. Salió con sus propias máquinas.

Describió un amplio círculo para tomar su nueva posición, acoderado a un muelle. Al virar se escoró. ¡Fue suficiente! El mar entró por el lugar de las planchas faltantes. En pocos minutos se hundió en el centro de la bahía.

Juan P. dedicaba parte de su tiempo a trabajar en la extracción de sus restos.

Bajaba, amarraba cartuchos de dinamita en sitios estratégicos, explosión, trozos que se desprendían y eran izados con grúas. Labor rutinaria.

Juan P. sumergido, en el bote sus asistentes bombeándole aire, vida. Instalaba unos cartuchos de dinamita. ¡Aire! ¡Aire!, no le llegaba. Tiró del



* Capitán de Fragata (R).

N. de la D. El relato podría presentar algunas diferencias con la realidad, situación, que a pedido del autor se trató, infructuosamente de comprobar.

cabo de vida. ¡Nada! sin respuesta. No veía una razón. Las máquinas tradicionales no fallaban, sólo había que darle a las manivelas. Las mangueras eran nuevas. ¡Se asfixiaba! El aire del traje había circulado más de una vez por sus pulmones. Trepó como pudo por el casco hundido. Su vida se apagaba como una vela. Logró asomarse a la superficie. Golpeando contra un fierro saliente, rompió un vidrio de la escafandra. ¡Aire, aire, vida! Respiraba.

Miró alrededor. Nada. ¿Y el bote? ¿Dónde estaba su gente? Algo flotaba. Fragmentos de madera del bote. Del resto, nada. ¿Qué pasó? Nadie quedó para contarle. No era difícil imaginar: cigarrillo, dinamita, ¡¡Puum!!

Llegó una embarcación alertada por la explosión. Juan P. agarrado a los sumergidos restos del ex *Bío Bío* era el único sobreviviente. ¡Su buena estrella! pensó. De los demás, nada.

Fuertemente impactado por la pérdida de sus amigos, no dejaba de pensar en ello. Dormía poco. No tenía fuerzas ni deseos de volver a la escafandra.

¡Tantas veces que le había pedido que no fumaran cuando tenían dinamita a bordo!

Juan P. era un hombre fuerte. Se sobrepuso. Tenía que seguir con su trabajo. Comprar nuevo equipo. Un bote con santabárbara.

Viajó a Valparaíso, a las Direcciones de la Armada. Quizás a cobrar sus servicios por limpieza de la bahía o a pedir ayuda para empezar de nuevo.

Regresaba a Talcahuano, el bus se detuvo a unos 40 kms. de Valparaíso, en el Santuario de Lo Vásquez. El camino antiguo pasaba junto a la gruta, a pasos de la escalinata. Todavía está la franja pavimentada.

Juan P., como todos los demás pasajeros, bajó a rezar. Seguramente tenía más razones que sus compañeros de viaje. Humildemente, casi tapado por una columna, divisaba parte de la imagen. Agradeció a la Virgen por su milagrosa escapada. Oró fervorosamente por sus compañeros.

Desfilaron por su mente junto a sus familias. Agradeció por su suerte nuevamente. Le permitía seguir velando por su joven familia. Meditó. Pensó. Estaba en directo contacto con la Virgen. ¡Ave María Purísima!

¡En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, Amén!

Bajó la escalerilla, todavía abstraído. Un camión que no vio ni lo vio, lo arrolló.

¡Muerte instantánea! Partió a las profundidades. Fue un buen hombre, buen amigo y un buzo como pocos.
